aumenta el interés de este libro, en el que la teoría de nuestra arquitectura no se queda en la abstracción, sino que es explicación de una realidad histórica, deducida de un contacto directo y entusiasta con los monumentos.—VÍCTOR MANUEL NIETO ALCAIDE.

BLEIBERG y FOX: *Pensamiento y letras en la España del Siglo XX.* Vanderbilt University Press. Nashville, Tennessee, 1966, 610 pp.

A la abundante bibliografía unamuniana suscitada por el centenario, añade ahora la Universidad de Vanderbilt un espacioso volumen en el que se recogen los resultados del *Symposium* conmemorativo celebrado en Nashville, y en el que un amplio equipo de escritores se ocupa de literatura española con diversa fortuna. En principio, vaya por delante la grata impresión que produce encontrar, bajo tan lejano patrocinio, una colección de estudios hispánicos y de tan excelente factura. Tal vez —a ello obliga la condición originaria de estos ensayos, surgidos en el seno de unas conversaciones— no siempre el contenido mantiene una altura suficiente, ni la temática responde en todo momento a problemas fundamentales; y, sin embargo, en conjunto, el presente homenaje puede contarse como una de las aportaciones más completas surgidas del centenario.

Habrá que empezar señalando que el tomo incluye, además de los artículos sobre Unamuno, una muy varia colección de estudios sobre distintos temas de nuestra literatura, sin unidad básica alguna. Así, Unamuno comparte el interés con Valle-Inclán, Ortega, Salinas, Eugenio D'Ors, los maestros del 98, la generación de poetas del 27, Antonio Machado, Casona, Galdós, Benavente y otros, con el resultado de que, en diversos momentos, el libro aparece como disperso o falto de justificación. En cualquier caso, el buen tono que preside el libro y la solidez de varios de sus trabajos, justifican el interés de sus editores.

Diremos todavía que hay un mérito sobresaliente en la obra, y es que el tema Unamuno ha sido tratado en una perspectiva de profundidad poco habitual, además de que se han subrayado facetas de su personalidad como hombre público y lados de su obra que no son objetos frecuentes en la bibliografía sobre el Rector. Algunos trabajos, incluso, como el de Aranguren sobre la actualidad de la enseñanza unamuniana —sin duda el más sustancioso y el de más fina calidad literaria— podrán contarse desde ahora entre los estudios clásicos sobre la materia; otros, como los de Francisco Ayala, Blanco

Aguinaga, Oreste Macrí o Rodríguez-Alcalá, son importantes contribuciones para entender las capas menos superficiales de la obra; artículos como los de Alvaro Alonso Castrillo, E. Inman Fox, Martin Notick, Juan Marichal o Justina Ruiz-De-Conde, nos muestran aspectos de la vida relacional y política de Unamuno aún más infrecuentes en los textos al uso. No pretendemos reducir a estos trabajos todo el valor del libro, excluyendo el resto de las aportaciones, sino que hemos estimado conveniente deslindar los más generales y sustanciosos de los que responden a un concreto interés anecdótico, documental o de circunstancias.

A la vista de los trabajos señalados sobre Unamuno, se tiene pronto la impresión de que el *Simposium* abandonó las líneas tradicionales de interpretación del tema en busca de mayor penetración. La religiosidad de Unamuno, por ejemplo —tomada literalmente, es decir, en su panorámica intimista y cristiana, tal como aparece en la clásica obra de Benítez— no ha sido en estas conversaciones el tema obsesionante a que estábamos acostumbrados y que concluía siempre en un círculo asfixiante e inútil.

De otro lado son igualmente nuevos los planteamientos que se hacen de la figura moral de Unamuno, de su significación política, del valor de lo que se ha llamado su «ejemplo» y de su magisterio. A lo que parece, pues, remansada la avalancha del centenario —en el que tanto se prodigó la crítica al paso— se van perfilando ahora sus mejores consecuencias. Y, a pesar de todo, ya va siendo forzoso admitir que tenía razón un prestigioso unamunista cuando afirmaba la natural condición del Rector para encarnar toda suerte de tópicos, su capacidad para ser interpretado contradictoria y, lo que es peor, ligeramente. Unamuno, en efecto, ha sido uno de los autores más conflictuales con que ha podido encararse la crítica literaria y la razón estriba, seguramente, en la naturaleza viva, palpitante y también contradictoria de su obra escrita. No cabe extrañarse demasiado, en consecuencia, de que algunos de estos ensayos, aun dentro de perspectivas muy significadas y sistemáticas, resbalen sobre esta dificultosa pátina que envuelve la personalidad excepcional de don Miguel. No es siquiera necesario que señalemos, para entender este fenómeno de la dispersión crítica en torno a Unamuno, la propia condición varia y asistemática de su obra. En este libro, por ejemplo, la atención de los autores abarca un horizonte tan amplio como hemos visto, desde la religión personal entendida problemáticamente hasta el pensamiento político, pasando por toda la vasta gama de enfoques parciales de que son susceptibles sus creaciones literarias, su anécdota, el capítulo inevitable de rastreos de influencias y de paralelismos, etc.

Un estudio que habrá que individualizar entre los que se esfuerzan por presentar un Unamuno revisado y considerado desde la actualidad, es el de José Luis L. Aranguren, «Unamuno y Nosotros». Ya hemos dicho de él que puede considerarse como el más enjundioso artículo de esta antología. Diremos ahora que tiene, además, el interés de ser uno de los contadísimos «balances» de la obra de Unamuno verdaderamente ponderados y constructivos.

Ya, por descontado, se sospechará que el enfoque que Aranguren escoge es fundamentalmente ético, y del mismo título se colige la intención de esclarecer el alcance de nuestra deuda intelectual y moral con la obra de aquel autor. Se trata de precisar los verdaderos límites de esa afortunada expresión «la herencia» de Unamuno. Para no demorar excesivamente en la exposición de este estudio, tan lleno de sugerentes novedades, anotaremos la precisa manera cómo Aranguren fundamenta las contradicciones del pensamiento de Unamuno y su asistematismo, hasta hacer de estas dos características, tradicionalmente subrayadas en lo que tienen de negativas, las fuentes de su principal papel en nuestra cultura actual.

Unamuno por este camino se define —y ello no es nuevo, pero sí su argumentación— como «acompañante», en el sentido íntimo de un magisterio histórico prolongado hasta el día, y como *excitator Hispaniae*. Y nos parece meritorio este enfoque porque Aranguren se propone con detalle mostrar la fecundidad de la contradicción en la obra de un hombre como don Miguel, tan visiblemente comprometido en un magisterio. La propia contradicción unamuniana es la causa de que no puedan reducirse a un esquema cómodo el problema del individualismo que tan tenazmente afirmó y su articulación satisfactoria con la postura existencialista que se viene subrayando en su obra. El artículo de Aranguren nos sirve en este punto para mejor entender los que en este mismo libro versan sobre el pensamiento político del autor y sobre el alcance de sus compromisos públicos; pero, además, nos orienta genéricamente para entender «el problema de España» en la preocupación del escritor, por el procedimiento de mostrar los diversos niveles en que el tema se plantea a través de su dilatada obra hasta llegar a la concienciación radical, al planteamiento existencial del problema que es típico entre los noventayochistas. El objeto «España», como centro de la preocupación que rige el magisterio de Unamuno, es el móvil, según muestra Aranguren, encima del que se vertebra toda su obra política. Y con esta preocupación por España, entronca también la forzosa elección que Unamuno tiene que hacer en torno al problema vital que representa Europa. Otro tema, claro está, que se ha mantenido largamente entre los que se ocuparon de Unamuno y

que Aranguren resuelve ahora entendiendo la postura energuménica de don Miguel a la luz de sus circunstancias históricas y en estrecha relación con las necesidades de la «regeneración nacional». El planteamiento seguido por Aranguren, por último, estudia las implicaciones de la problemática de Unamuno con el plano religioso-moral, es decir, en el caso de Unamuno, al plano, extremadamente delicado, del cristianismo. Hay en estas páginas una afilada observación de lo que el catolicismo representa en la cultura, de sus problemas en cuanto realidad sociológica, de sus posibilidades eclesiológicas y comunitarias, que esclarecen «el drama religioso de Unamuno» mucho más que las habituales interpretaciones psicológicas e intimistas.

Un enfoque en cierta manera parecido —en cuanto trata de la obra de Unamuno como «una aventura llevada a cabo siempre frente al público, en el centro mismo del escenario de la historia del pensamiento español moderno»— es el que preside el estudio de Blanco Aguinaga, autor que nos había proporcionado ya, con su «Unamuno, teórico del lenguaje», uno de los más orientadores libros sobre el Unamuno literario de que disponemos. Bajo el título «De Nicodemo a Don Quijote», hace el autor un recorrido por las obras que don Miguel publicó entre 1898 y 1905, es decir, justamente por los años que constituyen la etapa más crucial de la «crisis». Es, pues, un estudio de la crisis central del Unamuno histórico, con pretensiones, dicho sea de pasada, de fundamentación filosófica del fenómeno y de explicación de la obra literaria desde ese ángulo. La reacción desde la base de la crisis histórica, la «vuelta» «a lo anterior» y su implícita crítica del pasado, el papel lanzador, de catapulta que juega la crisis en la obra del escritor: éstos son los enfoques que busca Blanco Aguinaga para entender «el camino de signo» que se opera en la obra de Unamuno a raíz del Desastre.

Pero el Unamuno que venimos viendo en su problemática y en su tragedia espiritual se complementa con el estudio de sus modos de expresión. También éste es un viejo tema de la bibliografía y, por razones claras, la diversidad modal de Unamuno, su variadísima escritura literaria, esa su excepcional condición de encarar y con parecida fortuna, el ensayo, la poesía, la novela, el teatro o el periodismo, han hecho que su obra, desde el ángulo formal, haya sido objeto de una atención especial. Quizá haya sido Unamuno, antes que cualquier otra cosa —como escritor, naturalmente— un hombre preocupado por encontrar un cauce de expresión radical a través del cual evacuar la enorme carga educadora y adoctrinante que le embargaba.

Lo que nos muestra Francisco Ayala es este problema, pero remontado a sus más remotas bases, es decir, al punto donde el filósofo

Unamuno —existencialista o individualista— emprende su compulsiva marcha de cara a los demás. El artículo presente evidencia la raíz existencialista en que se nutre la literatura unamuniana, para explicar el sentido que, como forma de expresión trascendente, tiene la novela. Literatura y filosofía no son, pues, dos áreas distintas de una personalidad divertida, sino dos momentos en la obra de un creador cuya pasión era educar. Y puede esperarse, naturalmente, que exista una correspondencia clara entre lo que el autor va produciendo en cada uno de esos campos, entre las obras de pensamiento y las puramente «literarias», bien que entendamos esto como una ley de complementariedad, bien como un fenómeno de diversificación consciente e intencionada de cara al público. Preocupación que nos coloca en la pista para entender la labor de Unamuno como teórico de la literatura y del valor de las formas literarias, al tiempo que nos descubre una de las facetas más sorprendentes de su personalidad psicológica y de su figura humana.

De los ensayos que se centran sobre el Unamuno político cabe decir —aun reconociendo su originalidad y lo que de novedoso tiene alguno de ellos en su perspectiva— que no alcanzan una altura definitiva. Quizá la publicación reciente de Elías Díaz pueda constituir una base sólida sobre la que abordar este problema; hasta ahora, sin embargo, se tropezaba con la dificultad considerable de no disponer de una documentación adecuada sobre la materia.

Alonso-Castrillo estudia «El pensamiento político en la obra de Miguel de Unamuno», en un artículo prometedor desde el título y que luego va encogiéndose, tal vez por la parcialidad del enfoque. Para el autor, la cuestión mollar parece ser esa contradicción que fácilmente puede apreciarse en el Unamuno histórico, entre su liberalismo individualista y su claro desencanto liberal. La realidad es que hubo una larga e incierta evolución en el Unamuno que se definía a sí mismo «don Juan de las ideas», evolución que puede conducirnos a una caricatura impropia de lo que realmente fue su vida pública. El autor de este estudio hace la mejor sugerencia cuando afirma que «desde un punto de vista político», actuación y pensamiento coinciden en Unamuno siempre y, por consiguiente, puede trazarse una imagen más coherente de su vida y de su pensamiento político. No podemos olvidar que la veleidad política de Unamuno no es sino un caso más de la regla general al 98, según la cual —aunque con alguna notable excepción— la trayectoria de sus escritores se deslizaba desde un extremismo inicial hasta zonas tibias, menos comprometidas. Lo que no resulta claro todavía es la evolución misma de Unamuno ni, cabe insistir, las contradicciones que en todo momento complican sus ideas

políticas. Y esta oscuridad no se disipa, como cree el autor que comentamos, porque señalemos la consecuente marcha de pensamiento y acción, ni menos porque pretendamos entender la odisea de Unamuno —tan retorcidas, tan llena de retrocesos y virajes imprevisibles— como una línea simple que va desde un «vago socialismo anarquizante» hasta el liberalismo «dentro del Estado», «el liberalismo cultural y filosófico que identifica a la patria con la lengua»...

Más fácil sería establecer la personalidad política de Unamuno al margen de la cuestión ideológica, o sea, por referencia a la actuación real y a las ideas sobre esa actuación que encontramos en su obra. Esta es la pretensión de Justina Ruiz-De-Conde en «El presunto apoliticismo de Unamuno», un artículo bien documentado que nos muestra, complementariamente con el anterior, una imagen más próxima del escritor, pero que, en cambio, no se ajusta con los presupuestos de individualismo o de socialismo anarquizante utilizados por Alonso-Castrillo. Esta es, seguramente, una de esas zonas del problema Unamuno, en las que no puede olvidarse ni un momento el papel de *ultima ratio,* de instancia final y definitiva, que juega en su obra la originalidad irreductible del hombre que fue Unamuno. Para no encerrarnos sin salida, cuando del pensamiento político de Unamuno se trate, debemos afirmar renovadamente la circunstancialidad de base que constituye el origen de su obra política y, pudiera decirse, de toda su obra literaria. Volvemos de nuevo a la eterna cuestión de la contradicción de Unamuno, sin la que no es posible entender esta centelleante personalidad, este magisterio vociferante que ejerció desde la contradicción misma el autor de la *cocotología.*

Por lo demás, esta visión que apuntamos está latente en diversos estudios del presente libro, como también en buena medida informa el criterio de Elías Díaz en la obra citada. No pormenorizaremos, sin embargo, sobre estos estudios, cuya fundamental aportación queda, con lo anterior, bien visible.

La visión del escritor desde el cuadro general de la cultura, es otro de los enfoques en que varios autores de la obra coinciden. Las comunicaciones de Marías, Ricardo Gullón, Clavería y otros, estudian diversos aspectos de la personalidad literaria y del significado cultural de la obra, que resultarían imposibles de resumir, ni tan siquiera en una apretada noticia. Lo que sí se nos descubre en medio de la diversidad de estos estudios, es la coincidencia de las investigaciones en torno a ciertas figuras y mitos del mapa literario de actualidad. Podríamos extrañarnos, de paso, de la falta casi absoluta de enfoques modernos, en el sentido de la sociología literaria, especialmente francesa, que hoy parecen generalizados en otros medios culturales. El fenómeno,

además, resulta curioso si consideramos que muchos de los estudios que componen el presente libro abordan una temática que sería campo bien propicio para la metodología sociológica.

Por referencia a la literatura española objeto del libro —fundamentalmente se ocupa de Unamuno, como ya dijimos, pero también de otros autores— un enfoque como el apuntado es de suponer que proporcionaría resultados muy valiosos. Por eso no entendemos bien cómo puede justificarse su ausencia casi absoluta en una obra como la presente, en cuyo índice figuran más de una docena de escritores de primera fila —aun apreciando lo que en ese sentido representen aportaciones aisladas como la de E. Inman Fox, autor que ya había dado muestras de su intuición y modernidad en sus estudios sobre Azorín—.

Si ya va siendo lugar común la afirmación de que no hay realmente una historia de la literatura española a la altura de los tiempos, habrá que irse haciendo también a la idea de que una tal historia habrá de intentarse a partir de los métodos modernos con que hoy se opera en otras culturas. Es decir, que la falla más profunda de nuestra investigación literaria reside en su olvido —y, a veces, en su rechace— de las nuevas maneras de interpretar y en la pertinacia con que parece anclada en viejos sistemas formales. Se viene haciendo demasiada «literatura de la literatura» y, lo que es peor, la trivialización del género ha hecho crecer la especie de que ninguna otra sistemática sería viable.

A propósito, por ejemplo, de Valle Inclán —y puede que no sólo por razones de centenario— comienza a circular una abundante bibliografía en la que es fácil comprobar la continuidad del enfoque formalista frente a los posibles estudios de literatura histórica, sociológica o política. En este mismo libro, dos estudios valleinclanianos se ocupan de analizar la estructura formal y lingüística de su obra, sin contar con que varios otros rozan idéntica problemática. Pero, aunque concedamos toda la importancia que se debe a estos estudios, no podemos menos de sorprendernos por el hecho de que no acaben de abordarse por la investigación problemas como el de la crítica social, la concepción de la sociedad, su imagen, la crítica de la historia de España, etc., mientras que aumenta incesantemente el interés por las consideraciones de tipo lingüístico-dialectal, por la peculiaridad estilística o por la morfología interna de la escritura.

El artículo que, entre los dedicados a Valle, parece más prometedor en un principio, es el que, bajo el título «Las Españas de Valle-Inclán», escribe Avalle-Arce, bien planteado en estas perspectivas. Se aborda en él, con menguado material, el problema de caracterizar el ámbito histórico en que Valle hace discurrir sus novelas, para concluir la

existencia de tres Españas, la carlista, la oficial —de la corte isabelina— y la de Ultramar, blancos de la invectiva crítica del autor que parte para su tarea —así lo cree Avalle-Arce, al menos— de una nostálgica afirmación del pasado nacional. Sea como fuere, la presente investigación se reduce a los límites de un enunciado preciso, sin que posteriormente se profundice. Lleno de valiosas sugerencias, adolece en cambio de una visión optimista de lo que fue el carlismo de Valle, fenómeno sin duda de orden estético y epidérmico, del que no pueden extraerse consecuencias distintas.

El homenaje a Unamuno, dirigido con cuidado por Bleiberg y Fox, se completa con numerosos artículos que no es posible reseñar en una crítica. Forzosamente hemos dejado al margen estudios como los de Dámaso Alonso, García Blanco, H. K. Moon, Hugo Rodríguez-Alcalá, Robert L. Sheehan, Valbuena Briones, Joseph Moreau, Rodríguez-Puértoles y otros, cuyo interés parecía menos inmediato. En todo caso, el panorama general que ofrece el libro contribuye en considerable medida a cimentar nuestra esperanza en el futuro más logrado y pleno a que parece apuntar la investigación literaria española.—José Antonio Gómez Marín.

Noël Salomon: *La Campagne de Nouvelle Castille à la fin du XVIe siècle d'après les* «Relaciones topográficas». École pratique des hautes études VIe Section. Centre de Recherches Historiques. S.E.V.P.E.N. París, 1964, 370 pp.

Este libro fue concebido por su autor como «auxiliar» para sus investigaciones literarias. Cuando Noël Salomon comenzaba a trabajar en sus *Recherches sur le thème paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega,* recientemente aparecido, se le planteó la necesidad de estudiar las relaciones entre la ideología reflejada en la comedia del Siglo de Oro y la realidad rural española de la época. Desgraciadamente, la historia rural española está todavía por escribir (Salomón cita la bibliografía aprovechable), y para trazar un cuadro de la situación del campesinado español a finales del siglo XVI no hay más remedio que recurrir a los Archivos. Salomon decidió estudiar las *Relaciones histórico-geográficas de los pueblos de España* o *Relaciones topográficas* (hechas por orden de Felipe II), manuscrito conservado en la Biblioteca del Escorial. Se ayudó además de una copia del siglo XVIII, existente en la Academia de la Historia, y de varias ediciones parciales de las *Relaciones,* así como de muchos otros documentos anteriores y pos-